



INSTITUTO DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS DE BUENOS AIRES

No entremos al Cuarto 101

Crisis: momento decisivo y peligroso en la evolución de las cosas; cambio favorable o desfavorable sobrevenido en una enfermedad.

Diccionario de la Lengua Castellana.

*Las crisis tienen sus ventajas: asustan a los débiles
y despiertan e inspiran a los fuertes.*

James Reston

Ustedes saben que la Argentina está en una “crisis”, según dice el común de las gentes, sin decir exactamente que quiere decir la palabra. A lo mejor repiten lo que leen y escuchan, pero no se detienen a pensar lo que significan. En un diálogo de amigos, lleno de intrascendencias, y donde discutíamos cual era el estado normal del hombre, si dormido o despierto, puesto que siempre regresábamos a la dormición, se me ocurrió decir que nuestro estado natural desde que yo tenía uso de razón, era la crisis.

Uno de mis amigos agregó algo que nos hizo pensar. Desde su punto de vista, no estábamos en una crisis porque ya habíamos tenido tantas... El sostenía que a lo mejor habíamos estado en crisis hace bastantes años, pero en todas la resolución había sido desfavorable, decía chabacantemente “fuimos siempre para abajo”. Así que habíamos ido cayendo siempre, en ese infinito fin que nunca parecía llegar porque “este era el país de las vacas gordas”. Así que ahora, el tocar fondo significaba algo que definía como “la metamorfosis de Kafka”, la mutación, lo que dicen que ocurrió en algunas especies hace millones de años, donde el ambiente cambió tanto que las forzó a ser otra cosa diferente a lo que eran antes.

Y nos empezó a mencionar algunos síntomas de mutación, que en una civilización consiste en cambiar los principios, los valores, las creencias, las tradiciones. O dicho más tajantemente, estábamos cambiando nuestra cultura porque inconscientemente ya

aceptábamos como no tan mala la que es atea, abortista, drogadicta, egoísta, resentida, frustrada, resentida, odiosa, la del *Cuarto 101* de la novela *1984* de Orson Wells.

Así que me puse a buscar en mis libros viejos lo que había leído al respecto. Y encontré lo siguiente escrito hace 26 años:

“Remarcar la crisis política en que se debate el país hace mucho tiempo, no sería agregar nada nuevo-Se suele señalar el año 30 como el comienzo de la crisis, pero el 30 no significa más que la primera intervención militar del siglo, en la política.

La crisis argentina tiene existencia anterior, viene de más lejos. Para tomar un ejemplo en ese largo camino, nos bastaría comentar el debate público que se suscitó en 1900, alrededor de la indiferencia de los jóvenes por la vida cívica. Y así Carlos Pellegrini decía, desde El País:

“¿Dónde está la juventud que ocupará en días próximos los comandos superiores? Si se pasea en torno la mirada ansiosa, no se ve una sola frente que sobresalga.

Niveladas todas las cabezas, parecen un rebaño de seres inofensivos; sin anhelos, sin pasiones, sin amores y sin odios, sin esperanzas ni aspiraciones.

Y si por acaso hay aspiraciones o deseos, no se traducen ni en esfuerzos ni en luchas, pues seducida por la molición y las facilidades de la vida, ha renunciado a la victoria, ha renunciado al combate.

La prensa, la tribuna, la reunión política, todas las escenas en que la juventud puede ensayar sus fuerzas y adiestrarlas para el gran combate están abiertas.

Si se ven abandonadas esas pistas por las nuevas generaciones, es porque éstas, sin anhelos y sin aspiraciones, sólo ven en los fáciles placeres el objeto de la vida.

¿Y mañana? ¿Tal vez encontraremos el remedio en naturalizar al extranjero para que se encargue de nuestros destinos!”

Miguel Cané apoyaba desde La Nación los conceptos vertidos por Pellegrini, ante la atonía de la juventud que se había estremecido patrióticamente para defender el honor nacional ante la amenaza de la guerra con Chile, pero que demostraba total desinterés por las cuestiones de la política interna. Pero José Luis Murature respondería en el mismo diario, dando la explicación del hecho.

“La juventud de hoy – dijo – no es ni menos activa ni menos inteligente, ni menos emprendedora que hace cincuenta años... ¿cuáles son las causas de los cargos que se formulan? Una sola: la enseñanza que las generaciones que se inician han recibido en la escuela de la experiencia. Muchos de los que hoy lanzan contra la juventud sus dardos más agudos, olvidan que han sido sus maestros, que las faltas que se le imputan son debidas, en primer término, a ellos mismos... No tiene ideales: es cierto, no puede tenerlos, porque ha nacido y se ha desarrollado en una atmósfera viciada...Si la juventud de hoy se hubiera desenvuelto en otro medio, latirían en ella impulsos tan grandes y tan generosos como las que han llenado las mejores épocas del pasado. Si algún reproche hay que hacerle no es a ella, sino a los que han sido sus maestros...Desde los bancos de la escuela, cuando han comenzado a penetrar confusamente todavía los factores de la vida nacional, han visto por

todas partes las codicias culpables y las rapacidades insaciables, no sólo toleradas, sino fomentadas, amparadas, recompensadas con el lauro de la victoria.

“Los jóvenes han visto en el proceso político y moral de la vida pública, a los hombres de valor intelectual encerrarse en la vida privada, dejándolo todo al imperio de la mediocridad, así como la representación nacional librada a los políticos profesionales”

Si a esto se suma que a principios de siglo las corrientes filosóficas predominantes en nuestro ambiente eran materialistas, positivistas, evolucionistas. Que las ciencias, sobre todo las experimentales, ejercían influencia decisiva. Que se combatía la metafísica y se repudiaba lo sobrenatural y que un aire racionalista, irreligioso, enfriaba los espíritus, se podrá comprender por qué afirmamos que nuestra crisis no data del año 30 y se podrá comprender quizás muchos de los terribles conflictos sociales que estamos recogiendo.

Lo que sí es cierto, es que desde el 30 las intervenciones militares se produjeron cada vez más frecuentemente. Por otra parte, estas intervenciones se efectuaron para destituir gobiernos surgidos del libre juego de los partidos. Pero es de observar también que siempre el interregno de los militares ha concluido inexorablemente en la partidocracia.

Y así, en este ciclo que pareciera inacabable, no se dio ni se da respuesta adecuada, solución política, a los graves interrogantes argentinos. Ello demuestra por igual el fracaso de los diversos regímenes: aristocráticos u oligárquicos, democráticos o populares o como quiera llamárselos.

Es que la crisis no es de forma, sino de fondo. La crisis es de la inteligencia argentina y dentro de ella, es notable el equívoco de las palabras y de los conceptos que la confunden, agravándola. Urge, en consecuencia, ponernos de acuerdo sobre términos políticos, tales como poder, legitimidad, democracia, autoridad, libertad, soberanía, etc., para comenzar a entendernos. Si no lo hacemos, si no llamamos las cosas por su nombre, seguiremos observando atónitos, acontecimientos sin explicación, o hechos sin la explicación adecuada.

Así, presidentes ungidos por el voto popular, como una expresión de la democracia, son llamados dictadores; generales triunfantes son considerados como representantes de la democracia. Derrocados y derrochantes, sustentar el mismo principio e invocar la Constitución y la soberanía popular, violadas por réprobos y elegidos según el caso.

El concepto de democracia es un claro ejemplo. Para salvar el término, parte de la doctrina habla de otro sentido de la democracia. Ya no es más una forma de gobierno, sino una forma de Estado, un modo de ser, un estilo de vida, caracterizado por el respeto a la persona humana, a su libertad, a su dignidad, a su igualdad de especie ante la justicia y ante la ley. Sería aquella forma de estado que realiza la convivencia política en la libertad, dentro del ordenamiento divino y humano.

Quizás esta nueva concepción de la democracia haya nacido como consecuencia del implícito reconocimiento de que aquella, como forma de gobierno, no ha dado solución definitiva según una panacea, a los problemas políticos fundamentales, como soñara el

hombre moderno. Lejos de ello, esta forma de gobierno ha visto desfilar ante sí a los mismos desatinos que las otras y hasta también hecatombes que no habían sido vistas ni por aquellas. Y en ello no está lo malo. Lo malo es haber olvidado que no existe forma de gobierno que nos garantice, por sí sola, la plenitud de un orden más o menos justo.

Si la democracia quiere ser entendida como una forma de vida, sea. Convengamos en ello, y ya no habrá más equívocos con al forma de gobierno. Pero digámoslo y no sigamos confundiendo los términos.

Sin embargo, no es tan fácil. Este estilo de vida podría ser reivindicado también por las otras dos formas clásicas restantes de gobierno, la monarquía y la aristocracia y aún por los regímenes de emergencia, como por ejemplo la dictadura.

En efecto, este ideal de estilo de vida que se pretende llamar democrático, se ha dado en otros regímenes. Así las épocas monárquicas ofrecen gobiernos como el de San Lucas, San Fernando o San Esteban, donde la persona humana era tratada con la dignidad propia de las épocas de la cristiandad. Pero no se daban por la monarquía, porque las había también injustas, sino porque el Cristianismo lo inundaba todo, aun la vida política.

No es justo, entonces, reivindicar este estilo de vida ni para la democracia, ni para la monarquía, ni para la aristocracia. Es el Cristianismo el que hace posible el trato de honor hacia el hombre, porque lo considera creación y semejanza de su Creador. Toda forma de gobierno y ninguna en particular, puede, si la nutre la doctrina cristiana, hacer posible aquel ideal de estilo de vida.

Y así ocurre con otros conceptos: el del poder originado en la soberanía popular, tan repetido por todos, mas aún, disputado por todas las facciones. El de la intervención cada vez más frecuente de lo militar en la función política, que para nuestra generación nacida en el 30 ha sido casi una constante, lo que no puede deberse a una casualidad, porque no es posible mover toda una organización como las Fuerzas Armadas por el capricho de un jefe.

Pero a su turno observamos que todos “estos temas” se habían dado también confundidos desde Mayo de 1810, es decir desde el origen de la nacionalidad. Como los hechos y las contradicciones eran semejantes a los contemporáneos, si esclareciéramos ese pasado el presente podía ser también el beneficiado.

“Frente a esa antinomia solo cabían en principio dos explicaciones: o no se ha dicho la verdad, la verdad total; o se ha dicho una cosa y se ha hecho otra. Nos inclinamos por esto último, lo cual si se explicara así, podría entenderse perfectamente. Pero lo que no es posible es pretender, como se hace, explicar la realidad con una teoría que no le conviene, que no se le acomoda. Por ello la crisis se hace más larga y dolorosa.”¹

¹ Schiuma Carlos Alberto, “El Ejército Argentino en la Revolución de Mayo”, Editorial Huemul, Buenos Aires, 1978, páginas 15 a 22.

Reflexionaba sobre esta situación del 1900, y mientras Pellegrini y otros discutían sobre la anomia de la juventud, surgió la reacción: el partido radical, que desaparecería por impotencia 100 años más tarde. Solo sabían criticar, lo que no sabían era hacer, salvo igualar para abajo. Repudiaron sus orígenes de honestidad y altruismo, y de trabajo y de esfuerzo que le habían enseñado sus mayores, por la simplista fórmula de vivir sin trabajar y del esfuerzo de otros.

Pero Schiuma no es el único que percibe el real problema de la falta de educación cívica y de formación política. Otros problemas más graves sucederían. Lo que sigue es la transcripción de un diálogo entre un funcionario de la embajada estadounidense en Buenos Aires y el entonces Secretario Legal y Técnico del gobierno del General Onganía, Roberto Roth, allá por el año 1969.

“En un almuerzo, al cual me invitó, volvió sobre el tema. Acepté sus argumentos, pero le aclaré que [la renuncia] estaba presentada y no volvería sobre mis pasos. Preguntó si iría a otro puesto público. Le dije que era improbable. . ¿No me interesaría el cargo de experto del Fondo Monetario Internacional, bien remunerado con sede en Washington? Agradecí su amabilidad, pero ya estaba cansado de hacer estudios. Insistió, y mencionó el sueldo, libre de réditos. Le dije que no era cuestión de sueldo, sino de otro precio que tendría que pagar. No me sentiría cómodo en deuda con su organización.

Contestó que por un lado lo lamentaba, por otro le confirmaba la exactitud de sus archivos, donde estaba fichado como nacionalista, incorruptible y místico. Lo de místico, no lo entendí del todo bien. Me aclaró que se trataba de personas que responden poco a incentivos materiales. A partir de aquel momento nos hicimos buenos amigos. Pero salí de aquel almuerzo preocupado. ¿Cuántos funcionarios tendríamos dispuestos a escalar las cumbres con todos los apoyos que encontraban a mano?

Un año después, H [este funcionario] me pidió ayuda para orientar a un joven sociólogo a quien su organización había puesto a estudiar el tema de la guerrilla. El almuerzo no fue un éxito. El joven estudiosos se había empapado del tema en lo que él consideraba sus fuentes: el movimiento “hippie” en los Estados Unidos, la difusión de la marihuana en la población estudiantil universitaria americana, las tendencias homosexuales que se estaban afirmando, la explosión de indisciplina en el “campus” de la Universidad de Berkeley en California, eran todos hitos en el camino al terrorismo.

El había estudiado el tema, yo no. Pensaba que, si encontraba un terrorista, tendría el pelo corto, estaría bañado, limpio y bien vestido. Si resultaba homosexual o fumaba marihuana, con seguridad lo echaban del movimiento guerrillero al cual pertenecía. Mis palabras no conmovieron sus convicciones.

Pasamos a las motivaciones. El las encontraba en la injusticia social, las villas miserias, la falta de regímenes de seguros contra la desocupación, las distancias entre las clases sociales. Es decir, ubicaba el terrorismo como fenómeno de izquierda.

Yo me inclinaba a pensar que el terrorismo era fenómeno de derecha. El hijo que veía a su padre trampeando con las declaraciones de réditos, ubicando al amigo para

conseguir teléfono o dejar de pagar la boleta de tránsito, con su fe quebrada en la política y sus soluciones, concientes que las vacaciones se pagaban con plata negra, la casa se escrituraba “en negro”, que la empresa paterna vendía “en blanco” y “en negro”, que el futuro le deparaba un puesto de gerente desde el cual participaría en los enjuagues. Acordarían a sus profesores escaso crédito, los vería en el mejor de los casos como engranajes de un sistema encargados de hacerlo encajar a él, con la menor de las fricciones, en el mismo. Advertiría con perspicacia juvenil que el sistema había dejado de funcionar, lo cual era cierto, sin que nadie ensayara una conducción hacia un camino viable. Por la televisión vería ministros explicando como habían salvado al país del desastre económico generado por anteriores ministros; también habría escuchado a los anteriores, diciendo lo mismo de los más anteriores. Los diarios traerían noticias de negociados de anteriores gobiernos, callando los del de turno.

En las familias más tradicionales el apego al factor moral podía llegar a evidenciar, para los hijos, que se había equivocado el camino. La familia se estaría hundiendo en la medianía cargada de blasones y orgullo, mientras el pariente rico, que había arrojado prejuicios y escrúpulos por la borda, hacía gala de finanzas recuperadas.

Nadie le podría decir para qué serviría el título que la Universidad le iba a otorgar. Nadie le podía decir, con convicción íntima, estudiá, ahorrá, trabajá; nadie haría la apología de la honestidad, ni encontraría ventajas en lo moral.

Vería un abismo total entre las figuras que la historia le había enseñado a venerar y las actuales. Ambularía sediento de ideales. En vez de dárselos le pediríamos que aceptara odios arcaicos como moneda de buena ley; los descamisados, Perón, Rosas y Hitler. Pedía las llaves del futuro y le dábamos una versión del pasado. Preguntaba a dónde llevaban al país y le daban las cifras del Producto Bruto Nacional. Preguntaba para que servía y le mostraban una casa o un auto.

Todo esto era demasiado largo y complicado para que se lo dijera al joven sociólogo, que tampoco lo iba a entender. Como algunos comisarios de policía de aquel entonces, solucionaría el problema cortándole el pelo a jóvenes desgreñados.

El terrorismo aún no se había convertido en elemento decisivo en nuestra política, como lo sería poco después. Por más recursos y aliento que recibieran de afuera, sus bases fueron echadas aquí. El terreno donde arraigó y prosperó fue el nuestro y no el ajeno. Pero considerarla planta exótica, como el anarquismo de principios de siglo o el sindicalismo combativo del 19 en la Patagonia, acordaba la comodidad para extirparlo como yuyo, sin remover la sementera de donde brotó.

Entraba con él, ya como factor cierto de peso en nuestra política, este otro de la injerencia definida de organizaciones de inteligencia extranjera, que habían saltado el vallado breve que separa tener la información, de actuar sobre la que se tiene.

Por si fuera poco, los partidos políticos ya ingresaban a un sistema multinacional de afinidades, [N del R: la social democracia europea] que acordaría apoyos morales pero también financieros, a un costo político que aun era indeterminado.”²

Y se ve que al autor no estaba tan errado: en 1982, el recién llegado gobierno democrático asumía el poder con apoyo de la social democracia europea. Este gobierno se dedicó a destruir cuanto valor, principio, creencia o tradición halló en su camino, y lo primero que atacó fue la educación. El *Congreso Pedagógico* marcó el inicio de la maniobra, porque se consultó al pueblo y luego se hizo lo que se quiso. El siguiente gobierno democráticamente electo por dos períodos consecutivos, representó lo más rancio del viejo sistema y la corruptela política. El partido radical desapareció con la presidencia de De la Rúa, le siguieron tres presidentes de duración e ideas cortas, y ahora nos encontramos con los terroristas de la década del 70 en el poder, por una tramoya de esa vieja política que obligó a un *ballotage* entre dos miembros del mismo partido.

Y como sucede cuando usted elabora una tesis, que los libros lo buscan en vez de usted buscarlos, se me aparecieron destellos de estos signos de mutación. Que otra cosa puede usted decir cuando se propone en los medios cambiar el Sol de Mayo de la Bandera Nacional y reemplazarlo por el pañuelo de las pseudo “Madres..”, cuando el Presidente de la Nación dice que va a cambiar la historia y no asiste a los actos por el General San Martín del 17 de Agosto, cuando pintarrajean la Catedral, y la mejor defensa proviene de un periodista no católico, cuando se nombra un juez en la Corte Suprema que está lejos de ameritar para ocupar ese puesto, cuando se descubre por casualidad que dos jueces – uno de ellos otro candidata a la Corte Suprema - están incluidos en la lista de desaparecidos del libro “Nunca Más”, que no es posible saber si cobraron indemnizaciones porque la lista de los que cobraron no están abiertas al público aunque se paguen con sus impuestos, cuando la “desaparecida” jueza se proclama por un lado “atea militante” pero por otro lado sostiene que el estado debe ser laico. Que otra cosa puede pensar usted si el común de las gentes dice que “No importa que haya desaparecido y aparecido otra vez, si los jueces de la Corte que se fueron – con excepción de Moliné O’Connor, que por resistir perdió su jubilación – eran unos sinvergüenzas”, olvidándose que dos cosas malas no hacen una buena. Finalmente, que puede pensar usted de los valores de la sociedad en que vive, si tres jóvenes que perdieron la vida en Mar del Plata por tratar de salvar a dos niñas sólo merecieron pocas líneas en la página de las noticias policiales de los diarios.

Vivimos hoy en tendencias políticas negativas, porque no hay democracia ni república sin oposición porque democracia no es anarquía, ni libertad es libertinaje; tendencias económicas negativas, porque no tenemos educación ni infraestructura para generar nuevo empleo en una economía afectada por la globalización; tenemos tendencias sociales negativas porque existe la erosión de valores culturales y una tremenda anomia social, donde a nadie le interesa nada salvo el día de mañana; y tendencias psicosociales negativas, porque la corrupción parece no tener fin porque salvo en el orden individual aislado, no hay nadie decidido a ponerle fin como sistema.

² Roberto Roth, “Los años de Onganía”, Ediciones La Campana, Buenos Aires, 1980, páginas 354 a 356.

Así que concluí que mi amigo tenía razón; esto va más lejos que una crisis. Y la clave de todo esto es la restauración de los valores de nuestra propia identidad, de nuestra propia cultura; el amor al prójimo, la libertad, el derecho a disentir, el derecho a opinar, la protección del débil, el amor al trabajo y al sacrificio, el respeto mutuo, el respeto a la mujer, el cuidado de los niños, la benevolencia con los ancianos, el esfuerzo, la honestidad. Pero lo más grave es que nadie reacciona. Recordemos que los hunos vencieron por la fuerza al imperio romano, pero éstos le transfirieron su cultura. Los hunos fueron absorbidos. Hoy no queda ningún huno vivo sobre la tierra.

Hay que tener Fé, porque nadie sabe las cartas que Dios tiene en la mano. Pero en tanto esperamos, tratemos que no nos encierren en el *Cuarto 101* del sistema: el lugar donde, para reeducar a la gente, le enseñaban a odiar.